



Slavoj Žižek.

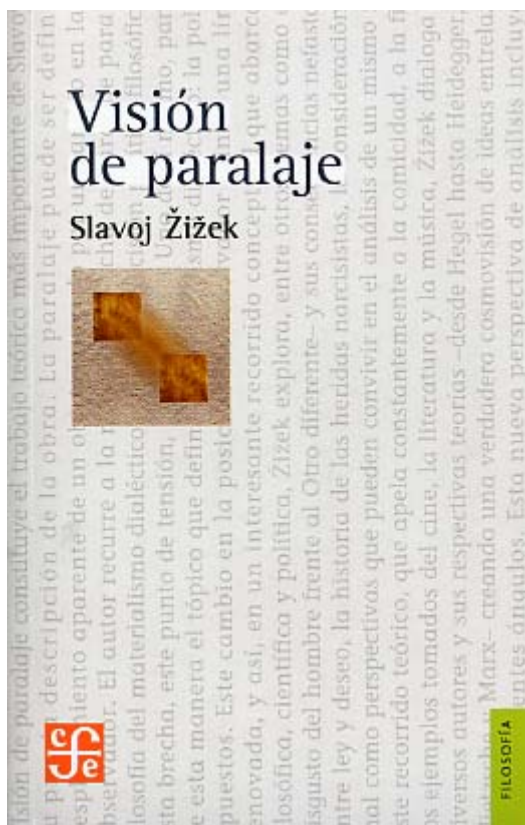
Visión de paralaje

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2006

ISBN: 950-557-674-9,

475 páginas. 20 €

por **Luis Felip López-Espinosa**



Este trabajo del filósofo esloveno Slavoj Žižek, cumple con una amenaza prometida: la recuperación del materialismo dialéctico como filosofía complementaria de una renovada política marxista (y por supuesto, lacaniana).

Visión de paralaje despliega una tesis básica a partir de la cual replantear la filosofía del materialismo dialéctico: éste se funda no en la noción habitual de dialéctica como oposición de contrarios, sino en la noción de brecha de paralaje como proliferación de significaciones para referir lo mismo –la paralaje es, según el DRAE, un concepto astronómico referido a la «diferencia entre las posiciones aparentes que en la bóveda celeste tiene un astro, según el punto desde donde se supone observado». Si el libro es una reivindicación del materialismo dialéctico es precisamente por esto –porque la idea central de la dialéctica, la disyuntiva entre materialismo e idealismo, es un caso de paralaje, de coexistencia de dos puntos de vista para designar lo mismo. La enseñanza

de Žižek consiste en que no es posible una actitud pseudo-cientificista del tipo de «vamos a ver las cosas, vamos a mirar la realidad, para resolver definitivamente si lo que existe es la idea o es la materia»; sin embargo, Žižek tampoco desemboca en un perspectivismo vulgar ni en una celebración liberal-multiculturalista de la coexistencia tolerante en ausencia de determinación sustancial alguna. Lo interesante de una brecha de paralaje no está en la relación de las distintas versiones con el objeto real, sino en que *la propia paralaje es de por sí sintomática de un antagonismo social traumático que no puede simbolizarse directamente, pero que se expresa mediante la organización pluralista de puntos de vista sobre un tercer objeto*. Es lo que ocurre en el caso que cita Lévi-Strauss en *Antropología estructural*, y que se encarga de reproducir Žižek, sobre la organización social de los bororo (por la cual hay un grupo social que ve la aldea escindida en dos mitades, mientras hay otro que la ve como una serie de anillos en torno a un templo central): la divergencia de perspectivas entre los distintos grupos a la hora de describir una misma aldea, no tiene que ver con la disposición real de las casas sino con el desplazamiento de un antagonismo social traumático. En el caso de la oposición entre materialismo e idealismo (modos distintos para referir una misma realidad, ambos igualmente *ideológicos*: representaciones de una relación imaginaria con las condiciones reales de existencia), este antagonismo social es, por

supuesto, la lucha de clases. Sólo a partir de aquí podemos entender las idiosincrásicas palabras de Žižek cuando dice que

La crisis actual del marxismo no se debe únicamente a las derrotas sociopolíticas de los movimientos marxistas: a un nivel inherentemente teórico, la crisis puede (y debería) también adjudicarse a la declinación (incluso a la virtual desaparición) del materialismo dialéctico como sostén filosófico del marxismo.¹

En definitiva, cabe interpretar que según Žižek la crisis del materialismo dialéctico y la hegemonía ideológica del idealismo (en su versión «postmoderna») adviene con la negación de esta oposición dialéctica y, en última instancia, equivale a *la negación de la lucha de clases*. La hegemonía de la clase dominante y la actual crisis del marxismo y del movimiento obrero se manifiestan, por formularlo en términos marxistas clásicos, como paz de clases –como *conciliación* de las clases antagónicas al servicio de los intereses de la clase dominante.

Todo esto es el corazón temático del libro; a partir de aquí, Žižek se dedica a dar rodeos por la filosofía, por la política e incluso por las ciencias cognitivas. Persistiendo en su distintivo estilo desenfadado y antiacadémico, pero de una notable densidad conceptual, el autor combina sin escrúpulos el marxismo y el psicoanálisis lacaniano con sus habituales referencias cinematográficas, desde Kurosawa o los Hermanos Marx al cine-basura del Hollywood más comercial (tipo *Matrix*), desembocando en sorprendentes interpretaciones de Henry James o de la ópera de Wagner: ¿y si lo propio de Wagner fuese esa multitud de visiones de paralaje en torno a su obra, y las continuas interpretaciones y adaptaciones escenográficas (a menudo dudosas) no consistiesen más que en un dar rodeos en torno de un núcleo latente?² Por eso Žižek vincula a Wagner con los destinos de Europa y resuelve, en uno de sus habituales gestos de europeísmo *revolucionario*, que «los que no quieran hablar sobre Bayreuth deberían también callar sobre Europa»³.

Apuntemos por otro lado que las frecuentes excursiones temáticas de Žižek (con su falsa apariencia de frivolidad) bien pudieran rescatar «en la práctica» una vieja sentencia althusseriana: la filosofía no tiene objeto –por eso no se tiene que ocupar sino de estos fenómenos en los que los objetos son percibidos desde distintas perspectivas, y que dan razón de un fondo social, en definitiva, de una lucha de clases. Por eso, dicho sea de paso, el lector no debería preocuparse si se pierde en alguna de estas excursiones: la verdadera cuestión de fondo del libro, no está en sus partes individuales. Hay algo más, y ese exceso es la filosofía que nos ofrece Žižek.

Mencionaremos también cómo de su clara vocación política surge la propuesta de Žižek sobre una verdadera «violencia» revolucionaria: contra la compulsión

¹ S. Žižek, *Visión de paralaje*. Buenos Aires: F. C. E., 2006, p. 12.

² Sólo hay una cosa que criticar a Žižek: la excesiva tolerancia que muestra ante la cultura pop-universitaria norteamericana –aunque no deje de ser curioso el modo en que Žižek confronta a esta cultura con su realidad profunda, por medio de filósofos europeos de la talla de Lacan, Hegel, o (¡ah, traidor!) cierto cripto-marxismo un tanto ambiguo, a saber si intencionalmente. En una reciente entrevista a *El país*, Žižek declaraba que de Marx no le interesa la lucha de clases, sino su tratamiento de las contradicciones en el capitalismo –¡pero no se puede olvidar que la forma cruda de esas contradicciones, la forma más depurada de la contradicción capitalista, es la *lucha de clases!*

³ *Ibid.*, p. 417.

activista a intervenir, la suspensión política de la ética, la sonrisa de Bartleby – simplemente, «preferiría no hacerlo». Como Žižek declara en su anterior trabajo sobre Lenin,

...la tarea primaria hoy precisamente es no sucumbir a la tentación de actuar, intervenir directamente para cambiar radicalmente las cosas (lo que inevitablemente terminaría en un cul de sac de imposibilidad debilitante: «¿qué puede uno hacer contra el capital global?») sino cuestionar sus coordenadas ideológicas hegemónicas. (...) Si, hoy, uno sigue la llamada directa a actuar, este acto no se realizará en un espacio vacío –será un acto inscrito dentro de las coordenadas ideológicas hegemónicas...⁴

Por eso hay que hablar de Wagner: la elección (religiosa) de Parsifal, su renuncia a la seducción de Kundry ofrecida por Klingsor, especie de obsceno padre primordial que encarna del mandato superyoico a gozar (figura del Amo actual que, como el amo fascista, no reprime, sino que *bajo su mando* nos permite dejarnos llevar en exceso más allá de toda restricción moral⁵), ¿acaso no encarna perfectamente este modo de suspensión de la ética? Frente a la prescripción superyoica del goce, frente a, por qué no decirlo, el mandato del Amo académico a participar compulsivamente en debates, congresos, y toda clase de iniciativas (por no hablar de las continuas evaluaciones y exámenes a que se somete la vida del estudiante) que no esconden sino una profunda incapacidad para hacer frente a cuestiones más fundamentales,



hay que oponer una suspensión de la ética – ahora sí, una suspensión *política*.

Ciertamente la conclusión del libro es abrupta, da cuenta en el fondo de la gran problemática actual en la Izquierda: la concreción de un proyecto político que se defina abstractamente, separadamente, y en sentido positivo. El espacio entre el imperativo violento de rehusar a participar dentro de las categorías establecidas, y la producción creativa de nuevas categorías. Sin embargo, el buen libro se hace en este final abierto, que nos deja con las ganas de seguir trabajando (por ejemplo en profundizar la lectura de este monstruoso volumen, que dudo mucho haber agotado aquí): Žižek ha comprendido bien la lógica de la sesión lacaniana –hay que reconocer el momento de concluir.

⁴ S. Žižek, *A propósito de Lenin*. Buenos Aires: Atuel, 2004, p. 22.

⁵ Cf. S. Žižek, *El espinoso sujeto*. Buenos Aires: Paidós, 2001, p. 420. ¿No es ejemplar de esto la (kantiana) frase de Kingsor, cuando ordena a Kundry que seduzca a Parsifal: «puedes, porque debes»? Por eso *El espinoso sujeto* concluye con otro «tú puedes» más profundo y radical: «La máxima lacaniana de “no cedas en tu deseo” concuerda plenamente con la paradoja pragmática que te ordena a ser libre: te exhorta a que te atrevas» (*Ibid.* p. 421).